

prudentemente la apariencia y el escándalo del vicio. Si los hombres fueran buenos, ciertamente estas máximas serían malas; mas ahora, por una parte, están llenos de malicia, y por esto es menester no guardar tampoco la palabra; por otra parte, son tan necios, que no obedecen sino á la necesidad y á la violencia, y los engañadores encuentran siempre gente dispuesta á dejarse engañar. La única regla de prudencia que nunca y en ningún caso se debe quebrantar, es como sigue: vuélvete siempre conforme al viento, y ten cuenta que nunca te escape el éxito. Pues el pueblo juzga siempre sólo conforme á la apariencia y al resultado, y en el mundo no hay otra cosa que pueblo (1).

Para disculpar á Maquiavelo se ha hecho observar, que su libro no se pensó como un código general, sino se destinaba solamente para casos excepcionales; pero, desde el punto de vista del Cristianismo, semejante disculpa no puede sostenerse. La religión de Jesucristo no conoce para todos los hombres, para los más altos como para los más bajos, y para todos los casos que imaginarse pueda, sino una ley moral. Jamás el buen fin puede justificar el empleo de un medio intrínsecamente malo.

Maquiavelo enseñó lo diametralmente contrario. Lo que glorifica, en su conciso, elocuente y por extremo claro lenguaje, es la completa separación entre la política y los eternos principios del Cristianismo. Jamás se han expuesto las doctrinas disolventes con semejante elocuencia, con tal agudeza y, al mismo tiempo, con tan gran descaro. El fondo y el espíritu de su política son tales como si nada supiéramos de Dios y de su justicia, para no decir nada del Cristianismo. Que éste venía siendo, desde hacía tantos siglos, el firme cimiento de toda la vida pública y privada y el más importante factor de la vida espiritual de todas las naciones europeas, lo ignoró Maquiavelo completamente. Su manera de pensar era del todo gentilica; el dechado de su política es la de la antigua Roma, exclusivamente fundada sobre la fuerza brutal y el astuto cálculo. De la justicia no se hace absolutamente mención, y en algunos puntos sobrepuja Maquiavelo la crueldad é insensibilidad de los peores de sus contemporáneos, pues el mismo César

(1) Machiavelli, *Il Principe*, c. 18, 15. Weiss, *Apologie II*, 623-624. La pretensión de que el soberano debe saber imitar á las bestias, para poder ser zorra y león, idea que repite muchas veces Maquiavelo, procede de Plutarco; v. Ellinger en la *Zeitschr. für die ges. Staatswissenschaften XLIV*, 50.

Borja, que mató á sus antiguos aliados, nunca destruyó, sin embargo, las ciudades, como se recomienda en el capítulo V de *El Príncipe* para determinados casos. «El que llega á enseñorearse de una ciudad, se dice allí, que está acostumbrada á vivir libre, y no la destruye, ha de prepararse á ser destruído por ella.» Ningún pasaje de todo el libro manifiesta acaso con más claridad, que no pudo ser escrito como instrucción práctica para Lorenzo de' Médici. Aquí se descubre cuán en abstracto, y sin la idea de una inmediata aplicación de sus doctrinas, planteó Maquiavelo su teoría (1).

Lo mismo hemos de decir de la exhortación á los Médici, que se ha hecho célebre, y se halla en el capítulo XXVI (por ventura añadido más tarde), de «librar de los bárbaros á Italia», la cual ha adquirido al autor fama de entusiasta apóstol de la unidad italiana. «Vemos, se dice allí, de qué manera Italia suplica á Dios que se digne enviarle quién la redima de estas bárbaras crueldades y crímenes; vémosla asimismo del todo dispuesta y ganosa para seguir una bandera, si hubiere alguno que la enarbolara.» Compárense con esto las cartas particulares escritas con intimidación por Maquiavelo en los años de 1513 y 1514: «Por lo que toca á la unión de los italianos, acentúa allí, es cosa que me da risa; en primer lugar, porque aquí nunca llega á conseguirse ninguna unión para cosa buena, y aun cuando las mismas cabezas se unieran, no basta esto, por cuanto no tenemos ningún soldado que valga un maravedí, exceptuados los españoles; en segundo lugar, porque los miembros jamás están de acuerdo con las cabezas» (2).

La afirmación del unánime deseo de los italianos, así como toda la excitación contenida en el capítulo XXVI para su unión y liberación de Italia, no es otra cosa que una fantasía, que nada tiene que ver con el pensamiento fundamental de *El Príncipe*. Maquiavelo no tuvo ante los ojos ningún grande fin práctico en su política, la cual fué más bien simplemente el resultado de la experiencia de su vida y de sus estudios humanísticos. Lo que él propone en su famosa obra, no es, en substancia, sino la exposición sistemática y elaboración de la práctica política seguida realmente en su

(1) Para lo del texto, cf. el juicio de Baumgarten, *Gesch. Karls V. I*, 531-532, con quien concuerda Fr. Schlegel (en Weiss, *Weltgesch. IV*, 963). Como son diversos los aspectos por que miran este punto, aparece mucho más notable esta conformidad.

(2) Machiavelli, *Opere VIII*, 75 s. Baumgarten, *Gesch. Karls V. I*, 531-532.

tiempo; el cual, ni en la vida pública ni en la privada, conoció los escrúpulos morales, y se valió, sin el más mínimo reparo, de la violencia y el fraude. Maquiavelo, alabando sin ambages esta de testable política (acentuada todavía con algún rasgo tomado de la antigüedad pagana), como verdadera médula de la prudencia del hombre de Estado, pensó hacerse recomendable á Lorenzo de' Médici (1).

No menos peligrosas opiniones que en *El Príncipe* expuso Maquiavelo en sus discursos sobre Livio. Ya en los primeros capítulos disculpó á Rómulo por haber quitado la vida á su propio hermano y mandado matar al que había sido elegido con él. «Los inteligentes, dice Maquiavelo, perdonarán á Rómulo aquella atrevida acción, en gracia del fin que perseguía y del resultado que produjo.» En otro pasaje, dice Maquiavelo: «Cuando se trata precisamente de la salvación de la patria, no debe prestarse atención á ninguna dificultad, sobre si es justo ó injusto, humano ó cruel, laudable ó reprehensible, sino, dejando aparte todos los otros respetos, hay que echar mano absolutamente del medio que pueda salvar su vida y conservar le la libertad» (2).

Que un hombre dominado por semejantes ideas estuviera, no solamente ajeno al Cristianismo y á la Iglesia, sino lleno de íntima hostilidad contra ellos, es fácil de comprender. Maquiavelo, más pagano que cristiano, y completamente escéptico (3), está lleno de furibundo rencor contra los sacerdotes y, sobre todo, contra los papas. Contra ellos le parecen lícitos todos los medios, aun los más criminales; y reprende á Juan Pablo Baglione porque, en el año de 1506, dejó escapar la hermosa coyuntura de hacer prisionero á traición al Supremo Jerarca de la Iglesia. «Por cobardía no entendió Baglione, ó por mejor decir, no osó llevar á cabo una empresa que se le ofrecía, en la cual todos hubieran admirado la intrepidez de su espíritu, y con la que hubiera dejado una eterna fama; pues hubiera sido el primero en mostrar á los prelados, cuán poco temor inspira aquel que vive y gobierna como ellos; el primero que hubiera logrado una cosa, cuya grandeza sobrepuja

(1) Baumgarten, loc. cit. I, 535-536.

(2) Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio I, c. 9; III, c. 41. Villari, Machiavelli II, 260, 266.

(3) F. Falco, N. Machiavelli (Lucca, 1896) 15, llama pagano á Maquiavelo, mientras que Cian (Giorn. d. lett. XXIX, 531) quisiera designarlo más bien como escéptico.

con mucho á todos los oprobios y á todos los peligros que pudieran estar enlazados con ella» (1). Aun los más resueltos enemigos del Papado califican de irritante este pasaje, «saturado de odio á los sacerdotes», por la negación de todas las ideas morales que en él se contiene (2).

El odio de Maquiavelo no se extendía solamente á las personas, sino también á las cosas. Verdad es que reconoce y acentúa la importancia y necesidad de la religión para todo Estado político; pero considerándola, no obstante, sólo como un piadoso engaño. Una religión perfecta ha de tener, á sus ojos, un fin directamente político; ha de fomentar el patriotismo, y éste entendido al modo pagano. Por esto le atrae el paganismo romano en tales términos, que lo recomienda como el ideal de una religión política (3). Como para los paganos antiguos, es la religión para Maquiavelo puramente una institución del Estado, un medio político para la dirección de los ignorantes, y su destino le parece sometido, como todas las demás cosas terrenas, á las leyes de una circulación fatalista (4). Del Cristianismo no tenía inteligencia alguna, antes bien la religión del Salvador del mundo le parecía peligrosa para su ideal del Estado. «La religión cristiana, dice, sólo enseña á padecer, y esta manera de vivir parece haber debilitado el mundo, haciéndole víctima de los hombres perversos. La antigua religión no ha declarado santo á nadie, sino á los varones de gloria mundana, como fueron los príncipes y caudillos de los ejércitos. Por el contrario, la religión cristiana ha glorificado principalmente á los hombres de vida contemplativa y propia humillación. Generalmente ha colocado la suma bondad en la humildad, en desechar y despreciar las cosas humanas, al paso que los antiguos la colocaron en la grandeza del alma, en la fortaleza del cuerpo, y en todas aquellas cosas que son apropiadas para hacer fuertes á los hombres» (5).

Lo propio que de la cristiana religión, no se forma este escritor (entregado con la más extrema parcialidad á las ideas del paganismo antiguo), sino una caricatura de la Iglesia, de su primado y

(1) Discorsi I, c. 27.

(2) Juicio de Brosch, Julius II, 128; cf. Grimm, Michelangelo I, 292, y Gregorovius, L. Borgia, 91 s.

(3) Owen, 166. Cf. el estudio de Ellinger, arriba citado, 78.

(4) Hipler, 72.

(5) Discorsi II, c. 2; cf. Villari II, 265.

sacerdocio. Si la religión cristiana (escribe hipócritamente, y poniéndose en contradicción con los hechos más públicos) se hubiera conservado en la forma que fué establecida por su Fundador, las cosas hubieran ido de otro modo, y los hombres hubieran vivido mucho más felices; mas no puedo admitir ninguna más clara prueba de haberse debilitado y corrompido la religión, que el ver de qué manera los pueblos tienen menos religión cuanto más próximos están á Roma» (1). Maquiavelo, que pone en este lugar á cargo de la Iglesia las cosas que se hacían contra ella, sabía bien que se hallaba bastante aislado en su odiosa interpretación. «Por cuanto algunos son de parecer, dice él mismo, que la prosperidad de la Nación italiana depende de la Romana Iglesia, quiero aducir contra ellos dos principales pruebas.» Una de éstas es la repetición de lo que había advertido ya antes: que por efecto del mal ejemplo de la Corte romana, Italia había perdido *toda* piedad y *toda* religión (2). Pero esta afirmación contradice directamente á la verdad (3). El celo por la religión cristiana en boca de un hombre que declaraba al mismo tiempo el Cristianismo como peligroso para el Estado, no necesita ulterior explicación. El segundo argumento es de tan poco valor como el primero; es á saber: que solamente los papas son culpables de la desunión y debilidad de Italia (4). Como historiador hubiera debido saber Maquiavelo, que sólo Roma, capital del mundo y centro del antiguo poder y cultura, podía ser digna y apropiada para convertirse en asiento de la Iglesia universal fundada por Jesucristo; y habiéndose hecho Roma, bajo la soberanía de los papas, punto de partida para la victoriosa y pacífica marcha de la civilización cristiana, cumplió una misión infinitamente más beneficiosa que en la Antigüedad, cuando sus férreos pasos habían triturado á los pue-

(1) Discorsi I, c. 12. Villari II, 262. Hipler 73. Wegele, Dante's Leben (3.<sup>a</sup> edición, Jena, 1879) 5, hace notar, cuán injusto es hacer responsables, como lo hace Maquiavelo, á solos los papas, de las dimensiones políticas de Italia. Cf. la cita en nuestro primer tomo. V. también Höfler en las Hist.-polit. Bl. XLVII, 424.

(2) La prima è, che per gli esempi rei di quella corte, questa provincia ha perduto ogni divozione ed ogni religione. Discorsi I, c. 12.

(3) Cf. nuestras explicaciones más arriba, p. 56 ss. Maulde (Origines 125) nota contra Maquiavelo, que no fué la Curia la que corrompió á Italia, sino al contrario, que la corrupción de los italianos fué la que invadió también la Curia.

(4) Discorsi I, c. 12.

blos (1). Maquiavelo no echó de ver, que un Estado absolutista y militar no sólo hubiera destruído la exuberante vida municipal y provincial de Italia, y doblegado la nación bajo el yugo tiránico de un déspota, sino que además hubiera hecho imposible el magnífico florecimiento de las artes y las ciencias, que constituye la gloria inmortal de la Italia del Renacimiento (2). Para todas estas cosas no tuvo sentido alguno ni inteligencia, aquel hombre aprisionado en los mágicos círculos de las ideas antiguas. El Pontificado es para él la raíz de todos los males; él ha corrompido la religión y el Estado, y, por consiguiente, debe ser destruído. Que en semejante caso la unidad religiosa, y con ella asimismo la unidad política de la nación italiana se hubiera aniquilado, no parece haberle pasado por las mientes á Maquiavelo. Por lo demás, su objetivo iba todavía más allá del aniquilamiento del Papado y de la Iglesia romana; y para un hombre, para quien el Estado se imponía á todo, así á la religión como á la moral, no podía ser otro sino la secularización de la religión. Consecuente consigo, debía desear Maquiavelo ver colocada, en lugar de la religión cristiana, la antigua, ó lo que él llamaba el patriotismo; en lugar de la Iglesia universal, el Estado nacional divinizado, que es ley y fin de sí mismo (3).

No puede sorprender, por consiguiente, que un hombre que sostenía tales opiniones, y en la teoría y en la práctica era una especie de mezcla de cínico y platónico (4), llegara por fin á ser considerado por sus propios compatriotas como un criminal, y que sus contemporáneos no quisieran creer que se había convertido en el lecho de muerte. «La causa del odio universal que pesaba sobre Maquiavelo, escribe Varchi, era lo licencioso de sus palabras, su vida escandalosa y su obra de «El Príncipe» (5). En este libro culmina el falso renacimiento pagano, cuya victoria hubiera sido la ruina de la nación italiana (6).

(1) Hipler, 73.

(2) Cantú I, 193; cf. 198 la notable sentencia de Guicciardini. V. también K. Fischer, Gesch. d. Phil. I<sup>o</sup>, 75.

(3) En este sentido, se expresa casi literalmente Forscher, quien no escribe en manera alguna con criterio católico. K. Fischer, Gesch. d. Phil. I<sup>o</sup>, 86. Cf. también Haffner en el «Katholik», 1875, I, 234; Gaspary II, 356 s.; Cantú I, 192 s. y Carriere 217 s. sobre la exageración de la idea del Estado en Maquiavelo.

(4) Juicio de Reumont, en el Bonner Lit-Blatt, 1872, 147.

(5) Varchi I, 150. Cf. Burckhardt, I<sup>o</sup>, 82.

(6) Gregorovius (L. Borgia 124) es también de opinión, que esta cultura

Pero por más que se rechacen como caricaturas las imágenes que traza Maquiavelo del estado en que se hallaban entonces las cosas eclesiásticas, es sin embargo indudable, que una gran parte del clero italiano, desde las Órdenes mendicantes hasta los más altos prelados, tenían mucha participación en casi todos los abusos hasta aquí descritos. Cuanto más íntimamente se había enlazado la Iglesia con toda la vida pública social, tanto más se vió amenazada en sus miembros y representantes por los peligros del mundo, é inficionada por su corrupción. El egoísmo, la soberbia, la codicia, que hallaban su expresión en la inaudita acumulación de beneficios y en la simonía; el fausto y las excesivas comodidades, la más refinada y grosera sensualidad, habían alcanzado grande extensión en el estado eclesiástico. Cuán grande fuera la depravación, lo manifiestan los conmovedores lamentos de los contemporáneos (1), y lo prueban numerosos é indubitables hechos.

Lo peor era, que tampoco la Santa Sede había quedado exenta de aquella corrupción. El aseglaramiento comenzó allí con Paulo II, aumentó en tiempo de Sixto IV (2) é Inocencio VIII, y alcanzó su apogeo bajo Alejandro VI, el cual profanó vergonzosamente con su vida inmoral la sede del Príncipe de los Apóstoles (3). La depravación moral de aquella época sorprendió también á algunos observadores extranjeros, como al caballero Arnolfo de Harff (4).

Asimismo ofrecía una tristísima imagen la vida de muchos cardenales, obispos y prelados de aquel tiempo, que reunían en su mano beneficios sobre beneficios (5), y se entregaban sin reparo

alabada por los humanistas, se precipitaba vertiginosamente hacia el abismo que había de tragarla.

(1) Además de las sentencias de Pío II, Nicolás de Cusa y Doménico de' Domenichi, que citamos en el tomo II de la presente obra, cf. los autores siguientes, para no citar más que hombres de ideas religiosas, cuyos testimonios tienen doble valor: Rodericus de Arevalo, *Speculum vitae* II, 20; Laurent. Justinianus, *Opera* (Basileae, 1565) 570 sqq.; Bapt. Mantuanus, *De calamitatibus temp. libri III*, especialmente p. 56 ss., y las numerosas expresiones de misioneros, de las que Gudemann 218 s. ha reunido una porción; estas últimas ciertamente deben ser apreciadas con cautela.

(2) Cf. nuestras indicaciones vol. IV, p. 171, 175, 392 ss.

(3) Sobre esto trataremos en particular más abajo en los libros primero y segundo.

(4) A. v. Harff, *Pilgerfahrt*, 36-37.

(5) Pueden verse ejemplos de esto en Roscoe, *Leo X*, I, 21; *Cantú I*, 21, y más abajo en el decurso de la propia narración histórica.

á una vida nada eclesiástica, fastuosamente mundana y pecaminosa. Esta mudanza se manifestó en el Colegio Cardenalicio en tiempo de Sixto IV (1). Durante el reinado de Inocencio VIII aumentó la corrupción en términos (2) que, después de su muerte, pudo Alejandro VI, valiéndose del soborno, conseguir su elección. Cuán inmorales personas entraran en tiempo del Papa Borja en el Senado de la Iglesia, se ve echando una mirada sobre la vida de un Hipólito de Este, Francisco Iloris, César Borja y otros (3). Hasta Julio II no comenzó un mejoramiento por lo menos parcial, por más que también él adornó con la sagrada púrpura á hombres tan indignos como Segismundo Gonzaga y Francisco Alidosi (4). La tendencia rigurosamente eclesiástica no volvió á predominar en el Colegio Cardenalicio hasta mediados del siglo xvi.

No es, pues, de maravillar, que hallándose en tales circunstancias aun el más alto clero, anduviera por los suelos la disciplina eclesiástica, y así entre el clero regular como el secular, se extendieran cada vez más los desórdenes y las inmoralidades de toda clase.

La sal de la tierra se había desvanecido en muchas partes; mas donde se pierde la pureza de las costumbres, no se conserva incorrupta más de las veces la fe. A esto se agregó además el influjo del falso Renacimiento, para conducir á no pocos á varios descarríos. Sacerdotes indignos de esta clase fueron los que dieron alguna ocasión á Erasmo y á Lutero, que visitaron la ciudad de Roma en tiempo de Julio II, para sus descripciones, indudable-

(1) Cf. nuestras indicaciones, vol. IV, p. 389 ss. Bapt. Mantuanus, *De vita beata*, 182, se lamenta, de que muchas veces las personas menos aptas, se afanan por ocupar las sedes episcopales.

(2) V. más abajo, lib. 1, especialmente cap. 6.

(3) Sobre los dichos, hablaremos por menudo en el decurso de la narración siguiente. Sobre el cardenal Iloris, v. Paris de Grassis, ed. Döllinger, 372. Del cardenal Hipólito de Este se cuenta, que pagó á un asesino para que cegara á su hermano natural Julio, porque una amiga del cardenal había hallado sus ojos hermosos. Gregorovius, VIII<sup>o</sup>, 72. Cian, *Cortegiano*, 35. Cf. también Hesnaut, *Le Mal français à l'époque de l'expédition de Charles VIII en Italie* (París, 1886), 24 ss., 49 ss. Thuasne, *Djem-Sultan*, 304 s. Sobre la prodigalidad de los cardenales, v. entre otros, á Gabr. Barletta, *Sermones*, f. 87.

(4) De Alidosi se hablará más por menudo en el libro tercero. Sobre la depravación de costumbres de los cardenales S. Gonzaga y Cornaro, cf. el testimonio en Luzio, *F. Gonzaga*, 46-47. Cuál fuese aún el estado de cosas en tiempo de Julio II, lo muestra la relación del embajador de Ferrara, fechada en Roma á 17 de Junio de 1506, donde éste señala el favor de que gozaba la cortesana Imperia con diversos cardenales. *Archivo público de Módena*.

mente exageradas en mucha parte (1). Pero yerran, sin embargo, los que imaginan que la corrupción del clero fué mayor precisamente en Roma (2). Acerca de casi todas las ciudades de la Península italiana se hallan testimonios de depravación de los eclesiásticos (3). En algunos lugares, como, v. gr., en Venecia, las circunstancias eran harto peores que en Roma (4), y es muy natural que, en tal estado de cosas desapareciera en muchos sitios el influjo y la veneración del estado sacerdotal, como lo lamentan muchos contemporáneos (5). La desmoralización de buena parte del clero era tan grande, que en varias ocasiones se levantaron voces reclamando el matrimonio de los sacerdotes; y contra un escrito semejante compuso Rodrigo de Sancta Ella un Tratado que dedicó al Papa Sixto IV (6).

Indeciblemente tristes eran las circunstancias en no pocos mo-

(1) Nolhac, Erasme en Italie, 76-79 y Hausrath, 57, 69.

(2) En general cf. Cantú, I, 201 s. Para Génova, cf. Belgrano, 473 s.; para Verona, Tüb. Quartalschr., 1859, 16; para Friül, Cian en el Giorn. de lett., XXIX, 412-413; para Perusa, Bonazzi, II, 729 s.; para Orvieto, Diario di Ser Tommaso, 736; para Fermo, Leopardi, N. Buonafede, 18; para Ferrara, Solerti, Vita ferrarese en Atti d. Romagna, 3 Serie, X, 18; para Nepi, Diario Nepesino, 121, 131, 157; para Chieti, Hist. Jahrb., V, 347; para Pavía, la \*ordenación del duque de Milán al podestà de Pavía, fechada á 27 de Septiembre de 1470 (contiene quejas acerca de los eclesiásticos, que por la noche andan vagando sin hábito clerical). *Archivo municipal de Pavía*. También en Sicilia eran grandes los abusos. Cf. el \*breve de Sixto IV, á los abades de Santa María de Bosco y San Placidimo, fechado en Roma, á 4 de Noviembre de 1475, y la \*ordenación del virrey, fechada en Palermo, á 26 de Octubre de 1500, contra los eclesiásticos que tenían concubinas. Los dos documentos se hallan en el *Archivo público de Palermo*.

(3) Además de Brosch, en Sybels Histor. Zeitschrift, XXXVII, 309 s., cf. también Cenni Sul libertinaggio, 22 s., 30 y el \*\*breve de Inocencio VIII de 31 de Octubre de 1487. *Archivo público de Venecia*. Sobre el estado de cosas que reinaba en Roma, hállanse testimonios inequívocos en el Burchardi Diarium, I, 240 s.; II, 79 s. V. además \*\*P. Candidus venerab. fratri Antonio ord. Jesuator., dat. Mediolani, 1453, Jun. 5, Cod. 235 de la *Biblioteca Ambrosiana de Milán*. Carta de P. Barrocius de 1481, publicada en las Anecdota Veneta. ed. Contarini, f. 202; cf. además Fl. Ambrosius, De rebus gestis ac scriptis operibus Bapt. Mantuani (Taurini, 1784), 186; Freher III, 186; Voigt, Pius II, III, 502 s.; Reumont, III, 2, 457 s.; Gottlob, Cam. ap., 25 s.

(4) Cf. Gabr. Barletta. Sermones, f. 35.

(5) Cf. Theiner, Die Einführung der erzwungenen Ehelosigkeit (N. A. v. Nippold. Barmen o. J.), III, 128 s.

(6) \*Roderici de Sancta Ella (cf. Graesse, Trésor, VI, 1, 143. Hain, Rep., IV, 13 s., 31-32. Mazzetti, Prof. Bol. [1847] 266 s.) contra impugnatores celibatus et castitatem presbyterorum ad Xistum P. M. Espléndido manuscrito del Renacimiento con el escudo de Sixto IV. Cod. Vat. 3639. *Biblioteca Vaticana*.

nasterios. En muchas partes se violaban los tres votos esenciales de la religión: la castidad, pobreza y obediencia (1). Numerosos individuos de las Órdenes religiosas, decía el franciscano Roberto de Lecce, no lo son más que en el nombre (2). Cuán perniciosos elementos albergaran algunos monasterios, lo muestra el ejemplo del pintor Fra Filippo Lippi y del ya mencionado novelista Banello, el cual, por lo demás, vivió generalmente en las cortes (3). También en muchos monasterios de monjas se había aflojado peligrosamente la disciplina (4).

A la vista de tales daños, que ofrecían á los satíricos materia demasadamente copiosa, no puede negarse sin embargo, por otra parte, á la época del Renacimiento, el testimonio de que muchos superiores regulares, animados de buenos sentimientos, como principalmente Egidio de Viterbo (5), piadosos obispos como Antonino y Lorenzo Giustiniani, así como no pocos papas, no se cansaron de proponer siempre nuevos proyectos de reforma. Precisamente en el terreno de la reforma de los monasterios se alcanzaron resultados notables (6). En particular ejerció grande y duradero influjo en Italia la congregación benedictina de *Santa Justina de Padua*, fundada en el año de 1412 por el veneciano Ludovico Barbo, para la renovación del buen espíritu en los monasterios y la enmienda de las costumbres en el pueblo (7); la cual no sólo fundó muchos y nuevos establecimientos como los de Bassano, del monte Agriano junto á Verona, de Génova, S. Spirito en Pavía, S. Dioni-

(1) Cf. Cronica de Bologna, 736. Wolf, I, 857. Diario di Ser Tommaso, 631. Molmenti, 291. Güdemann, 218 s. Theiner-Nippold, Einführung der erzwungenen Ehelosigkeit, III, 101. Gherardi, Documenti, 69 s. Cantú, I, 205. Reumont, Kl. Schriften, 19. Fl. Ambrosius, Bapt. Mantuanus, 190. Morsolin, L' Abate di Monte Subasio, 4 s. Bollet. st. d. Suizz. ital., VIII, 234. Péliissier, Textes, 542.

(2) Rob. de Lizio, Quadrag. de peccatis 53. El predicador deplora señaladamente la inmixción de los religiosos en la administración parroquial.

(3) Cf. arriba p. 152, y sobre Lippi más abajo, p. 218. Uno de los vicios principales de entonces era, que había demasiados que entraban en los conventos sin vocación, y eran allí admitidos con demasiada facilidad. Esto lo hace notar Rob. de Lizio, Serm. 35.

(4) Pueden verse ejemplos de ello en los Annal. Bonon. 897 y en Belgrano 477 s., 482. Cf. Bossi, Recup. Fesul. epist. 42, 43. Sanuto IV, 305 y Giorn. ligustico XII, 37 s.

(5) Cf. Lämmer, Z. Kirchengesch. 65 s.

(6) Sobre los esfuerzos de los papas, v. nuestras indicaciones vol. I, p. 493 s., vol. III, p. 259 ss., vol. IV, p. 102, 358 ss., y más abajo, en muchos pasajes. En general, cf. Weiss, Vor der Reformation 22 s.

(7) Cf. «Katholik», 1859, II, 1361 s., y Dittrich, en el Hist. Jahrb. V, 320 s.